



“En recuerdo de Prescott”

p. 117-122

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



En recuerdo de Prescott

117

Como lo indica el título,¹ se trata, con esta edición, de conmemorar dignamente al historiador norteamericano W. H. Prescott en el centenario de su tránsito (28 de enero de 1859). Así nos lo indican los tres editores en el brevísimo prefacio, añadiendo además que el volumen conmemorativo preparado por ellos, intenta valorar la producción histórica de Prescott a la luz de la época presente, tan distinta de la que vivió el historiador bostoniano. Prescott es presentado y visto como el pionero de los historiadores norteamericanos, por el interés que mostró por los temas históricos españoles e hispanoamericanos; también es considerado como uno de los primeros historiadores que en América estableció los cánones para escribir la historia moderna del continente. Prescott, el historiador favorito (en su tiempo) de una gran parte del público lector norteamericano, respondía perfectamente, de acuerdo con lo que expresa el prefacio citado, no sólo a la exigencia histórico-romántica, sino también al requerimiento erudito.

El libro que comentamos consta de cuatro importantes artículos: “William Hickling Prescott: El hombre y la historia”, de R. A. Humphreys, profesor de historia latinoamericana en el University College London; “La historia como

¹ *William Hickling Prescott. A Memorial*, ed. de Howard F. Cline, C. Harvey Gardiner y Charles Gibson, Durham, Duke University Press, 1959, 179 p.

arte romántico: caracterización y estilo”, de David Levin, profesor de inglés en la Universidad de Stanford; “Notas acerca de la interpretación de Prescott sobre la ‘Conquista del Perú’”, del historiador peruano Guillermo Lohmann Villena, catedrático de las universidades de San Marcos y Católica de Lima y “Pascual Gayangos: la ayuda indispensable de Prescott”, de C. Harvey Gardiner, profesor de historia de la universidad sureña de Illinois. A estos cuatro artículos hay que agregar aún una lista cotejada de los manuscritos de Prescott, confeccionada por Jerry E. Patterson, estudiante graduado de la Universidad de Columbia, y una interesante serie de reseñas críticas de las mejores revistas de la época, relativa a los libros siguientes de Prescott: *El reinado de Fernando e Isabel*, *La conquista de México*, *La conquista del Perú*, y *Felipe II*; sin que falten entre estas reseñas las “Notas” de nuestro J. F. Ramírez a la segunda edición mexicana de la *Historia de la conquista de México*. Precisamente, la inclusión de estos juicios críticos (rectificados) de nuestro actor, nos hace caer en la cuenta de que en el libro conmemorativo que comentamos, falta el punto de vista histórico contemporáneo que sobre la obra suscitada de Prescott debería haber sido expuesto por un historiador mexicano de nuestro tiempo. Desconocemos las razones que hayan tenido los editores para no incluir la crítica de casa; mas el acierto, justamente, de haber tenido en cuenta la opinión de un historiador peruano distinguido sobre *La conquista del Perú*, pone de manifiesto el desacierto de los dichos editores, por no haber invitado a un destacado historiador nuestro al ágape editorial honorífico y justipreciador; máxime que son dos las traducciones realizadas en México de la historia de su conquista, y varias las veces que se han publicado las mismas.

Dicho lo que antecede, que era necesario, pasemos a dar noticia breve de los cuatro artículos primeros: por lo que toca al de Humphreys, que es sugestivo en extremo, se trata, vimos por el título, de una biografía sumaria del historiador, en la que se incluye asimismo la idea que éste tenía de la historia. El incidente sufrido por el joven estudiante de Harvard (ceguera del ojo izquierdo), convierte al dicho escolapio en un ardiente amante de la cultura hispánica; la repugnancia resignada con que realiza el primer abordaje o contacto, se trueca a poco en entusiasmo literario (al que contribuyeron, sin duda, las lecciones de Ticknor sobre la literatura española) y en descubrimiento de la veta histórica. La aparición del primer libro de Prescott, *Fernando e Isabel* (junio de 1836), consagró de golpe al joven historiador y le ganó el respeto de sus colegas norteamericanos y europeos. Según el comentarista, este primer

libro señalaría el rumbo de todos los que vendrían después: estudio de los conflictos políticos, de batallas campales y de pugnas entre voluntades y personalidades distintas. Las dos historias sobre las conquistas españolas (la de México, 1843, y la del Perú, 1847) se destacan, ante todo, por la valuación arqueológica de la cultura azteca e inca, lo cual representaba, para entonces, una increíble novedad; especialmente en los Estados Unidos, en donde incluso el famoso Morgan ponía en duda las *reconstrucciones* realizadas por el historiador.

De acuerdo también con Humphreys, aunque Prescott describía las cosas retórica y bellamente, no intentó sacrificar la verdad al efecto y a la belleza. Los españoles del siglo XVI no están vistos de acuerdo con los patrones e ideales del siglo XIX norteamericano, sino que vienen a resultar algo así como unos cruzados trasnochados, que peleaban por el oro y por la Cruz, a diferencia de los cruzados medievales que combatieron por la Cruz y por la gloria. Empero esta comparación tan efectista nos muestra claramente que el crítico ignora tal vez a posta el fundamento económico sobre el que descansó aquella vasta y frustrada empresa del medievo. Por lo demás, el propio Humphreys admite que las dos *conquistas* no presentan, ni con mucho, la pintura total de la acción española en América, y que faltan en ambas los estudios suplementarios sobre la administración, la vida económica y el pensamiento político (p. 16). A nosotros nos interesa particularmente destacar, que el éxito alcanzado por Prescott en sus temas españoles e hispanoamericanos obedeció a que dichos temas ponían de manifiesto –por contraste– frente al público norteamericano, republicano y liberal, la cara idea de *progreso*: el espíritu de la libertad, frente al absolutismo monárquico, y el éxito político de los hombres libres, frente a la decadencia y el servilismo espirituales y políticos de los hombres hispánicos. La confirmación de estos supuestos se observa en la dramática historia de *Felipe II*, comenzada en 1833 y terminada en 1858, en donde Prescott, el gran historiador de la civilización protestante, hace honor a la misma (*Edinburgh Review*, CV, 1887).

El siguiente artículo o ensayo, el del profesor Levin, avance capitular de un precioso libro ya publicado, constituye un estupendo análisis del método romántico empleado por Prescott para escribir la *Historia de la conquista de México*. El lenguaje literario-emocional del historiador (el mismo de W. Irving o de Hawthorne) se emplea en este caso para exaltar la pasión romántica por el pasado imperial azteca arruinado por los españoles. La técnica de F. Cooper

y de W. Scott es utilizada sabiamente –añade Levin– para lograr la *unidad de interés y el delineamiento de los caracteres*, sumando a ello una sapiente *ordenación de los acontecimientos*. Esta técnica romántico-histórica requiere asimismo, y por principio de cuentas, un gran tema confinado en el tiempo, que admita el montaje de grandes escenas y batallas espectaculares. El gran tema de nuestra conquista permite a Prescott concentrar a grandes rasgos el carácter *personal y nacional* de los héroes contrapuestos (Cortés-Moctezuma); le posibilita también la utilización del *color local* y presentar el desarrollo inteligente de la *línea de acción*, recurriendo a la hoy tan socorrida técnica del suspenso y a los altibajos de la fortuna. “Estacionando Prescott sus caracteres –prosigue Levin– a lo largo de la línea de acción, que va desde el salvajismo a la extrema formalidad, logra que la distinción convencional forme parte de la acción histórica, y obtiene así un capital activo para su tema. Arreglo básico históricamente sano y estéticamente válido y cierto; pero alcanzado, no obstante, con distorsiones y superficialidades” (p. 31).

El tercer artículo es un incisivo ensayo encaminado a subrayar la falta de ecuanimidad conceptual y de simpatía de que dio muestras Prescott en su enjuiciamiento de los españoles que conquistaron el Perú. El primer paso de Lohmann es examinar meticulosamente las fuentes de información que utilizó el norteamericano, para dictaminar que éste no pudo emplear ciertas relaciones y documentos que hoy son indispensables para el estudio de los personajes y hechos de la conquista del Perú (p. 70). Analiza después el método histórico de Prescott y nos presenta las limitaciones del mismo; censura la visión *rosada* liberal del historiador sobre el imperio inca, y termina lamentando que la aversión que sintió éste por los conquistadores del Perú, no le haya permitido darnos un retrato de éstos menos robertsoniano y, por lo tanto, más cercano al real, tal y como se dibuja en las páginas magistrales de Zárate.

El trabajo de Gardiner –artículo cuarto– es un justiciero examen de la callada, abnegada e insólita contribución del erudito y benemérito polígrafo español don Pascual Gayangos a la obra histórica de Prescott, como infatigable extractor de fuentes documentales de los más importantes archivos, bibliotecas y colecciones de Europa. Sin Gayangos, ese “gigante intelectual”, como lo llama Gardiner, no es posible explicar la obra histórica del bostoniano, ni considerar tampoco el proceso conceptual por el que pasa la mente norteamericana, que salta desde la concepción isabelina (siglo XVI), hecha herencia de odio y de prejuicio, a una justa comprensión de la grandeza hispánica

(p. 115). Gardiner termina su excelente y esclarecedor estudio de esta o parecida suerte: en tanto que perdure el considerar a Prescott el máximo intérprete –en lengua inglesa– de la cultura hispánica, Gayangos merecerá ser tenido por la mejor y más indispensable ayuda de aquél.

Por lo que respecta a la lista revisada de Patterson, hay que confesar que es utilísima para conocer los correspondientes y amigos con quienes se carteaba Prescott. En dicha lista no faltan, naturalmente, registros conocidos; queremos decir correspondencia de Alamán, del conde de la Cortina, de García Icazbalceta, de Lerdo de Tejada y de J. F. Ramírez. Por lo que se refiere a las reseñas aludidas –última parte del libro–, ellas poseen, por lo general, el tono crítico antihispánico ya indicado, particularmente las de procedencia norteamericana. Por ejemplo, en las críticas publicadas en 1844 por la *Democratic Review* y por la *United States Magazine* se enjuicia severamente el hecho de que Prescott no hubiese recargado la tinta convenientemente al describir la conquista y al pintar la figura de Cortés. Según los críticos, los talentos del conquistador, como jefe de la empresa, palidecen junto a su instinto de subordinación ante su rey; se reducen a nada dado su temperamento de esclavo. Los dos honorables criticones se enfurecen porque Cortés, en lugar de actuar como un león procedió como un chacal; es decir, porque en vez de alzarse contra su soberano, para alcanzar la independencia, entregó la nación conquistada a los agentes rapaces del lejano despotismo español (p. 165-166). Juzgue el lector, por lo transcrito, cuál sería el clima de opinión purificante y regenerador de la republicana Norteamérica, en vísperas de la guerra contra México (1847). Los jefes y oficiales del ejército invasor también creían seria y ahistóricamente, influidos por Prescott y, sobre todo, por los articulistas y políticos al estilo de los de la revista de marras, que intervenían en México para llevar a cabo una necesaria obra de catarsis republicana, o de regeneración total o parcial.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS